

»nas de influencia ante el Soberano Pontífice, y quieren destruirnos por estos tres puntos. Pretenden que no enseñemos otra cosa que la lectura, la escritura y aritmética; que vistamos como los sacerdotes seculares; que no hagamos votos solemnes, sino simples, como si no fuéramos más que una Congregación. »A pesar del gran poder de nuestros adversarios, esperemos firmemente que nos ayudará Dios á vencer todas las dificultades. »El Rey de Polonia ha escrito de su propio puño á nuestro Santísimo Padre, el Papa, y á algunos Cardenales, recomendándonos nuestra Obra. Pidamos á nuestro Dios tres veces bendito que termine este negocio para su mayor gloria».

El 21 de enero de 1655, el Embajador Barón Orsi daba cuenta á su Soberano del efecto de su carta. «Ayer presenté á »Su Santidad la carta autógrafa de Vuestra Majestad; expuse el »buen ejemplo que han dado siempre los Padres de las Escuelas »Pías, y la utilidad que de ellos resulta al reino de Polonia. Le dije »que Vuestra Majestad pide y suplica á Su Santidad que separe »á Mgr. Albizi de la Congregación que trata de los asuntos de »los Padres, por el odio que les tiene, y que restablezca en su »cargo al General. Su Santidad ha oído hablar con gran placer »del bien que las Escuelas Pías hacen en Polonia, y tendrá presente la recomendación de Vuestra Majestad». Falsa esperanza. Hemos visto ya por el testimonio de los historiadores que Inocencio X era muy lento para tomar una resolución; pero, una vez tomada, nada ni nadie le hacía retroceder. Tenía absoluta confianza en Albizi, y le remitía, para que le informase, todos los memoriales y todas las súplicas en favor de las Escuelas Pías, y Albizi daba cuenta siempre á su gusto. La Princesa Olimpia los pintaba con los colores más sombríos: no se lo ocultaba á su Soberano el Barón Orsi: Todo aquello irritaba más y más al Papa, que no podía verlo todo con sus propios ojos, y no había entre los amigos de la Orden quien lo aclarase todo. Por eso, el 21 de enero escribía José; «No es el momento »de esperar auxilio de los hombres que faltan con tanta frecuencia, sino de Dios que tiene poder para arreglarlo todo».

Irritados ante los obstáculos que les impedían destruir la Orden tan pronto como esperaban, aparecieron atroces en su conducta el Padre Visitador y el P. Cherubini. Habían amenazado con censuras y con otros castigos á los Religiosos que enviaban memoriales á Roma para defender su Orden, y hacer restablecer en su cargo al General, prohibiéndoles tomar parte en favor de lo que les era más querido. Además, temiendo que las unánimes reclamaciones del Rey de Polonia y de los Príncipes de Alemania fuesen inspiradas por el Padre Onofre Conti, Provincial, lo desterraron á Norcia; gran desgracia para aquellos países. No hubiera escrito un Pachá la carta despótica del 4 de febrero; «En nombre de la Santa Obediencia y bajo pena de incurrir en »excomunió*n ipso facto*, ordenamos al P. Conti, sacerdote Profeso, y le hacemos saber que en lo porvenir no escribirá, sea por

»sí mismo, sea por otro, á Alemania ó á Polonia, á cualquiera »persona que sea, religioso ó secular: y le prohibimos recibir, »abrir ó leer las cartas que le sean enviadas de aquellos países »ya para sí, ya para otro, hasta que obtenga permiso por escrito». ¿Podía pedirse más tiránico despotismo? pero ¿qué valía aquella excomunió*n*? ¿Advertían los dos cómplices que tomaba algún Religioso el partido del General? lo desterraban inmediatamente de Roma, no dejándole un solo amigo para privarle mejor de todo medio de defensa. Pero abandonado de todos, con la carga de 89 años y de las enfermedades, solo para combatir contra sus adversarios, no se desalentó el santo anciano, y se hallaba, como si nada le hubiera sucedido, uniendo siempre el empleo de todos los medios humanos á sus incesantes oraciones. El 20 de abril escribía: «He hecho contestar por un abogado á todas sus »acusaciones, y emplearé todavía las recomendaciones necesarias. Lo haré, aunque me quede solo, aunque nadie se atreva á ponerse á mi lado, temiendo que los saquen de Roma. Lo »comprendo: quieren hacer el vacío en derredor de mi persona, »y que no haya quien me ayude».

Esteban, más hábil y más dueño de sí mismo que Mario, no insultaba á su General cara á cara y de una manera tan grosera, pero se desquitaba bien con sus persecuciones más terribles. Lo desacreditaba en los palacios de los grandes personajes, lo martirizaba con toda clase de vejaciones, y lo calumniaba aprovechando todas las circunstancias. Tomaba y abría todas sus cartas, lo que le permitía hacer la estadística de todos sus amigos, y éstos lo pagaban caro. Haciendo así el vacío en derredor suyo, esperaba llegar al fin más fácilmente. Llevóle una persona cuarenta escudos, doscientas pesetas poco más ó menos, para ayudar al Santo en sus presentes necesidades. Apasionado siempre de la santa pobreza, los dió José inmediatamente á su perseguidor. Apenas volvió la espalda, soltó la carcajada Esteban, burlándose de su imbecilidad y de su estupidez que le llevaban á los pies de su verdugo. Y efectivamente no era poco el dinero que se necesitaba para atender á la vida que llevaba aquel miserable: pagaba con banquetes á sus confidentes y protectores, comprando con obsequios sus complacencias. Consumíanse los recursos de aquella casa de San Pantaleón, ya tan pobre que no tenía rentas ni fondos fijos, y se gastaban en provecho de sus nuevos amos; y no pudiendo ir muy lejos con aquello, apuraba á las casas mas ricas de otras Provincias para que le enviasen dinero. José tenía lacerado el corazón viendo su conducta tan irregular, sus juegos tan libres, sus conversaciones tan poco modestas, su profundo desprecio por la pobreza religiosa que había profesado. No tenía de Religioso más que el hábito, no conservando nada de la pobreza, de la obediencia ni de la castidad. Era el carnaval de 1645; la aristocracia y el pueblo de Roma se entregaban á las diversiones del Corso, y los sacerdotes y los Religiosos y los verdaderos fieles prosternábanse ante el Santi-

simo Sacramento expuesto en todas las Iglesias á manera de Cuarenta Horas; tuvo la audacia Esteban de alquilar una carroza por un doblón de España, y con algunos de sus confidentes fué al Corso á ostentarse y divertirse. Fué un escándalo inmenso que aumentó más aún un incidente. Habiéndose quebrado el eje del coche, viéronse obligados á salir de la carroza en presencia de la muchedumbre, que permitiéndoselo todo aquel día, los llenó de impropiedades dándoles una silvatina espantosa. Al tener el Santo conocimiento de aquel hecho, exhaló un profundo suspiro, y exclamó: ¿Es posible? ¿es verdad lo que me contáis? Y asegurándole el Padre que lo contaba que lo había oído decir al mismo cochero, quedó algunos momentos absorto, no pudieron oírsele más que estas palabras que repetía con frecuencia, *Monstra te esse Matrem*. Vuelto en sí, pidió al Padre que no hablase á nadie del hecho, persuadiéndole que le obligaba la caridad á ocultarlo, sobre todo al Visitador que abusaría de él. «¿No sabe V. R., le dijo, que jamás conviene decir que semejante cosa ha sucedido á uno de los principales de la Orden, deduciendo que son peores los otros miembros. El Visitador tendrá un argumento más contra nosotros ante los Cardenales.»

Impasible José ante las injurias personales, le llegó, sin embargo, al alma una que se cometió con la mayor crueldad. Para dar gusto á uno de sus cómplices, le arrebató un día Esteban el corazón de Landriani, su hijo querido, que permanecía incorrupto después de tantos años: era un tesoro para el Bienaventurado Padre, y ya hemos visto cuántas veces se sirvió de él para hacer sus milagros. Para colmo de su desgracia, aquel sacrilego hizo abrir el relicario, rompió los sellos, y distribuyó numerosas partículas. Sólo un año más tarde pudo recobrar José el corazón de su querido hijo, por mandato del Vicegerente. Pero hallando la preciosa reliquia disminuída y hecha pedazos, sintió uno de los más grandes dolores de su vida. Nada podía contener á Esteban: la superioridad era medio para satisfacer sus pasiones. No teniendo dinero para atender á sus placeres, vendió veintisiete parcelas de bosque que habían dado hacía algún tiempo los Barberini en compensación de las casas que habían arrebatado al Noviciado de Montecaballo.

Conservaba su fervor primitivo la parte más sana de la Orden: era no pequeña compensación á las acerbias amarguras de nuestro Santo. El 18 de Marzo contestaba al Padre Apa, Ministro de Florencia: «Sé que en esa Casa se observan exactamente las Reglas, y se atiende á los niños con gran solicitud: tengo con esto grandes consuelos. Ruego á Dios que aumente siempre su espíritu en V. R., para que tengan mayor mérito sus fatigas.»

El 13 de marzo le escribía desde Litomisle el P. Navari después de una invasión de herejes en Bohemia. «Sólo á tres leguas se encuentra el enemigo, y no será extraño que hoy mismo nos haga alguna visita, y concluya con todos. Hemos prometido á los habitantes de esta ciudad y del contorno que no los aban-

»donaremos hasta la muerte, y que moriremos con ellos.» Como se ve, los hijos eran dignos del Padre, sobre todo, cuando la distancia los substruía á la funesta influencia de Esteban. El 5 de mayo le escribía de Podolina el Padre Franchi: «Gracias á Dios, nuestros Padres han convertido hoy á cien herejes, y si cuento los ya convertidos, sumamos muchos cientos: con la protección de Dios y con las oraciones de V. P. esperamos convertir á muchos más. En nuestra diminuta capilla se han confesado 596, sin contar nuestros niños. Bien sabe el demonio todo lo que hacemos en la Iglesia de Dios». La Orden herida en su cabeza no degeneraba en los miembros. Sin embargo, aquel fervor no había de impedir la catástrofe general, pero conservaría los elementos para la resurrección. Continuaban todavía pidiendo fundaciones de todas partes, lo que era prueba de que fuera de Roma no se creía en la degeneración de la Orden. Los Superiores de todas las casas presentaban nuevos Novicios, señal de que no se había agotado la savia en el Instituto, que, no obstante, no podía recibirlos de orden superior. Aquella conservación del buen espíritu regocijaba el corazón de José, pero se lo desgarraba la próxima pérdida de la Sociedad. ¿Qué podía contestar á las tristes cartas que le llegaban de Nicolsbourg y de tantos otros lugares? «Dios sabe el mal que causa la prohibición de dar el hábito: destruída nuestra Orden, ya no habrá quien enseñe el temor de Dios á estos pobres niños, ¡Cuántos herejes se convertirían que quedarán en las tinieblas! Acaba de convertirse sinceramente reconociendo sus errores uno de los más encarnizados herejes, que siempre ha resistido á nuestra predicación. Estoy seguro de que, aumentando nuestra Orden, ha de producir gran fruto en las almas, porque, á pesar de algunos envidiosos, todo el mundo nos ama y nos estima.»

Conmovido con aquellas relaciones, presentó José una súplica al Papa por medio de un personaje de toda confianza, y en nombre de toda la Orden. Expuso su próxima ruina, si no se levantaba la prohibición, por la que hacía ya dos años que no se admitían Novicios. Pero nada pudo obtener: era ya cosa hecha, y el Papa Inocencio X jamás volvía atrás. El 24 de febrero, Francisco de Magni, Conde de Strasnitz escribió al P. Valeriano, célebre capuchino que se hallaba á la sazón en Roma. «Ha sido de gran ejemplo la introducción de las Escuelas Pías en esta Provincia, en Austria, en Bohemia y en Polonia, extendiendo mucho el catolicismo, y aumentando la felicidad de los pueblos. No me es posible manifestárselo, sería necesario que lo viera V. R. para que lo pudiera comprender. Por favor, piense V. R. en el número de herejes que se han convertido sólo en mi ciudad y condado de Strasnitz, en el número de personas que se confiesan y comulgan en sus Iglesias, en la manera de educar á la juventud, y, en fin, en todos los frutos que producen aquí y en los alrededores. Pero, Padre mío, este santo, este útil, este indispensable Instituto se ve cortado en la

»raíz. Se le ha prohibido dar el hábito á nuevos sujetos, comienzan á faltar los obreros, y sin remedio va á perderse bien pronto esta mies. Pido á V. R. que haga cuanto esté de su parte para impedir su ruina». Aquel célebre capuchino mostró aquella carta á José que tuvo con ella tanto gozo como dolor, viendo, por un lado la estimación en que se tenía á sus hijos, y por otro, la imposibilidad á que se le había reducido de acudir en su auxilio.

Acaso era el Rey de Polonia el que con más ardor defendía á las Escuelas Pías. Escribía cartas y más cartas al Barón Orsi, su Embajador ante la Santa Sede, que obtuvo una audiencia del Papa, pero sin efecto alguno. En carta del 4 de marzo da cuenta de ella al P. Orselli que estaba en Varsovia. «Tiene Su Santidad tanta confianza en Mgr. Albizi, que le envía todos los memoriales que se le dirigen en favor de las Escuelas, y esto mismo acaba de suceder conmigo. He pedido al Papa, en nombre de Su Majestad, que permitiera dar el hábito del Instituto á los que lo pidieran en Polonia. Su Santidad ha enviado el memorial á Albizi, para que le diera cuenta. Después ha determinado esperar la resolución de la Congregación de los Cardenales.»

Permitió Dios que en aquella época llegase á la Ciudad Santa en ayuda del pobre anciano, incapaz de defender solo su casa, Mgr. Bernardino Panicola, Obispo de Rabello. Había sido miembro de las Escuelas Pías hasta 1610. La Providencia le había llamado á los puestos más elevados en la *Sapienza*, pero, aun ocupado en las altas ciencias sagradas, había continuado prestando su concurso al Bienaventurado Padre, como catequista, confesor y procurador, como hemos visto por esta historia. Trató aquel Obispo de hacer ver á Esteban que el Visitador no buscaba otra cosa que la ruina de su Instituto, y que, si lo conseguía, perdería él el cargo de Superior, y después cargaría con la eterna vergüenza de haber concurrido á la destrucción de su madre, una Sociedad tan útil á la cristiandad. Si por la vejez, era en efecto incapaz de gobernar el General, valía más darle un ayudante, lo que sería más honroso que desposeerlo. Bien debía haber movido á Esteban aquel insinuante discurso: se jugaban en aquella partida su honor y su interés. Pareció que se rendía, pero no se llegó á nada, como cuenta el mismo Santo el 27 de mayo: «Había aceptado yo el parecer de Mgr. Panicola; pero ellos propusieron enseguida que se nombrasen ocho Asistentes con derecho á resolver en todo, y no he podido acceder. No es cierto que haya sido agregado á la Congregación el Cardenal Cecchini, y que sea nuestro protector. En su misericordia infinita, solo Dios será ahora y siempre nuestro protector; como lo esperamos, nos bendecirá su bondad». Sin desalentarse Panicola propuso otros medios. Esteban y los suyos aceptaban primero, y no tardaban en cambiar de opinión, como escribe al P. Berro este Prelado el 17 de junio: «Hago cuanto puedo para

»llegar á un arreglo, pero creo que trabajo en vano: por su parte, el P. Esteban Cherubini se escurre como una anguila. El Visitador lo tiene atado á su carro, prometiéndole que, si destruye la Orden, él y Mgr. Albizi le harán Superior del Colegio Nazareno, donde podrá vivir á sus anchas y muy honrado. Ambos pretenden que con su gobierno ha renacido el Instituto, que jamás ha estado mejor, y que es incapaz de gobernar el General que ha llegado á la decrepitud. Llamen obstinación á la perseverancia en oponerse á que la Orden no pueda enseñar más que la lectura, la escritura y el cálculo, siendo reducida á simple Congregación. Allá dirige sus tiros el Visitador, y llaman terquedad á los esfuerzos para mantener la pobreza que tanto fastidia á Esteban. Hace ya tiempo que en esto tienen ganados á Mgr. Albizi, y quieren persuadirlo también al Pontífice».

Había adivinado Panicola el juego de los conjurados: por otra parte lo conocía también el Rey de Polonia por una carta de su Embajador, de 28 de enero. «He visitado á Mgr. Albizi, y he conferenciado con él respecto de las Escuelas Pías. Se las he recomendado en nombre de Vuestra Majestad, manifestándole el inmenso bien que hacen en Polonia, y el gran escándalo que para los herejes será su supresión. Me ha asegurado que no será destruída la Orden, y me ha pedido que lo escriba así á Vuestra Majestad. Es cierto que tienen el proyecto de reducir á simple Congregación, como era en sus principios. No se puede, dice, restablecer en su cargo al General, ni aun con un Vicario, como se desearía hacer, porque es demasiado viejo. Se ha confiado el gobierno á uno de sus Padres que *le hace marchar admirablemente bien*. Inmediatamente me dirigí á hablar con el cardenal Pallotta que, según las órdenes de Vuestra Majestad, ha hablado al Papa, encontrándolo muy irritado contra ellos, y especialmente contra su General, á quien el Cardenal venera como á Santo. Me ha aconsejado el Cardenal que insista ante el Papa para que les dé un Protector prudente y celoso, pues sin esto, jamás tendrán quien trabaje en su defensa para que pueda dárseles la razón. Le he contestado que el mejor Protector sería él mismo. Aceptaría con gusto, me ha dicho, la defensa de una Orden tan útil á la cristiandad y á la Iglesia de Dios». Esta carta del Barón de Orsi da mucha luz sobre este asunto. Mgr. Albizi en quien había depositado toda su confianza el Padre Santo era enemigo declarado de José y de su Instituto, cuya supresión buscaba. Habiase ganado al Pontífice que en aquella cuestión no veía más que por sus ojos y por los de Olimpia, y todos los historiadores católicos están contestes en afirmar que Inocencio X jamás volvía atrás. Su bien conocido carácter nos hace prever la inevitable solución.

Lleno José de confianza profética en lo porvenir, no se forjaba ilusiones para lo presente. «Nuestros asuntos, escribía á su confidente, P. Berro, van siguiendo su curso: se felicitan los que nos gobiernan de que jamás ha marchado mejor nuestra